

Apuntes para un itinerario espiritual

ALMA, PASION Y MUERTE DE PEDRO ARRUPE

*Pedro Miguel Lamet**

La vida de Pedro Arrupe, desde que naciera en Bilbao, en 1907, es un rosario de vivas anécdotas que es imposible reproducir aquí. Todo el mundo conoce los hechos más sobresalientes, que han recordado éstos días los periódicos: desde sus estudios de Medicina en Madrid a su experiencia testimonial de la bomba atómica, su elección de general, sus opciones posconciliares, sus conflictos con la Santa Sede.

Pero hay datos que conformaron el alma de Arrupe a lo largo de su azaroso itinerario espiritual y que son como las crestas o kairoi, momentos salvíficos de este testigo del siglo XX y figura irrepetible de la Iglesia contemporánea.



enfermo en Roma: "Escuché una voz que me decía: 'Tú serás el primero' y tuve una voz interior por la que lo vi todo claro". Durante años, hasta que fue elegido general, Arrupe se preguntaría el significado de aquella voz.

Desterrado de España con la expulsión de los jesuitas en la Segunda República, Pedro daría otro paso que preparaba ya al futuro general de la Compañía: dejaba sus raíces para pasar a ser un hombre universal. Su formación filosófica, teológica y en bioética en Marneffe, Valkenburg y Claveland

(EE.UU.), catapultó a este bilbaíno de origen burgués al universalismo sin fronteras de ciudadano del mundo que le caracterizará toda su vida.

I. INFANCIA Y FORMACION DE UN CIUDADANO DEL MUNDO

Una profunda impresión de su experiencia de niño le quedaría grabada para siempre: el día de la muerte de su padre, que repetía una vez más la vivencia de abandono que asoló su alma cuando a los diez años perdió a su madre. Por la ventana del cuarto entraba la vida desde las calles del Bilbao siderúrgico, en las que se preparaban las tribunas para la procesión del Sagrado Corazón. Con una vela en la mano había Peru (Pedrito, en vasco) seguido a su corpulento padre en el desfile procesional todos los años. El golpe afectivo de estas carencias familiares fue suministrado por el muchacho convirtiéndolo en un amor apasionado por Jesucristo y la Virgen María.

Esta situación, anímica cristaliza en su vocación, sentida especialmente en contacto con dos milagros que presencia e investiga desde sus conocimientos de medicina en Lourdes y en contacto con la injusticia en los suburbios de Madrid.

La vocación a la Compañía de Jesús del excelente alumno del profesor Negrín —se enfadó el socialista de que su brillante pupilo se metiera a jesuita— se encarnaba en un soporte humano completísimo: inteligente, optimista, sensible y sobrio al mismo tiempo, tenaz y flexible, abierto y profundo.

Ya de jesuita, y después de dejar en el noviciado de Loyola una imagen imborrable, en Oña (Burgos), mientras estudiaba Filosofía tuvo una experiencia mística, según me confiaba, ya

2. JAPON: EL ESTALLIDO DE LA LIBERTAD

Tras su tercera probación en Estados Unidos, y su importante experiencia pastoral con el dolor humano en cárceles de máxima seguridad de aquel país, realiza el sueño de su vida. "Llore como un niño —me contaba— cuando desde la cubierta del barco que me conducía a Japón divisé el puerto de Yokohama".

Japón. Los brazos levantados al cielo para alzar la Eucaristía en el monte Fuji, la pobreza de un país que aún no había despertado a su milagro económico, la inculturación —término que acuñó Arrupe para definir la asunción misionera de las culturas— en los caminos del Zen, su inmersión en la lengua japonesa para traducir a San Ignacio, San Francisco Javier y San Juan de la Cruz, son sólo algunos de los rasgos de aquel dinámico misionero, que lo mismo organizaba un concierto que una exposición o una exótica procesión occidental por las calles de Yamaguchi.

Fue en esta ciudad, de la que fuera párroco, donde vivió el tercer gran momento místico de su vida. Acusado de "espía internacional", juzgado y absuelto, sus 33 días de cárcel entre cuatro paredes desnudas, sin un mueble e interminables interrogatorios, le identificaron con el Cristo conducido a los tribunales. "Fue precioso", repetía con los ojos llenos de lágrimas, recordando aquella Nochebuena vacía en que en medio de su oscuridad escuchó un lejano villancico en japonés: sus cristianos que le cantaban suavemente desde la calle para mostrarle su solidaridad.

Pero, sin duda, el día histórico durante su estancia en Japón

* Pedro Miguel Lamet es jesuita, autor de la biografía "Arrupe, una explosión en la Iglesia".

y en toda su vida, fue el 6 de agosto de 1945, en Hiroshima, donde era maestro de novicios. La bomba atómica marca el ecuador del itinerario espiritual de Pedro Arrupe. Aquel instante eterno en la capilla, frente al reloj parado por la explosión, desata en su interior otra explosión de amor. Desde su radical optimismo de hombre enamorado. Pedro transforma la fuerza destructora que acabó con 200.000 japoneses, en energía para la creatividad.

El primer paso sería convertir su noviciado en improvisado hospital, donde, menos uno, todos sus enfermos se salvaron gracias a su técnica de sobrealimentación. Arrupe quedaría marcado, para bien, por la bomba, que estallaría en su increíble libertad espiritual y su osadía evangélica toda su vida.

A mi entender, y después de haber trabajado más de cinco años en su biografía, Arrupe experimentó en Japón lo que en lenguaje oriental se llama la "iluminación". Una y mil veces me repetía: "Lo vi todo claro. Lo veo todo claro. Siempre fui feliz". No en vano desde muy joven se levantaba antes del alba para hacer prolongadas horas de meditación en postura oriental. Aquella intensa vida espiritual comenzaba a dar sus frutos.

El maestro se volcó en sus novicios. Se alojaba en el peor cuarto de la casa, un infecto rincón de un lúgubre torreón; limpiaba a los jóvenes jesuitas los zapatos y luchaba denodadamente para entrar en la compleja psicología de los japoneses.

Ya de primer provincial de Japón, con la internacionalización de esta misión jesuítica, tuvo ocasión de vivir, como en un tubo de ensayo, lo que el futuro le depararía de una forma más exigente como superior general. El contacto con jesuitas de variadas procedencias y tres vueltas al mundo como conferencista, para recabar fondos para la depauperada misión, le abriría aún más a los grandes problemas de su momento histórico.

3. LA NOCHE OSCURA DE UN GENERAL

Todos esos cimientos daría su gran fruto espiritual y humano en su etapa de prepósito general, la más fecunda y, al mismo tiempo, la más discutida.

Efectivamente, cuando Arrupe llega a Roma en 1965, en pleno Concilio, ya era un hombre de Concilio antes del Concilio. Impresiona leer hoy, después de los recientes cambios en la Iglesia, las primeras declaraciones de aquel general que defendía a Teilhard de Chardin; aseguraba que todo el mundo, "hasta un criminal", tiene dentro de sí el "elemento cristiano" y se metía en el bolsillo a súbditos, superiores de órdenes religiosas, periodistas y cámaras de televisión. El carácter simpático y el magnetismo de su personalidad parecían abrirle todas las puertas.

En aquellos años creativos de una Iglesia que se despertaba de un largo letargo, Arrupe parecía correr aún más deprisa que la Historia con sus intuiciones de futuro sobre la Iglesia en América Latina, contra el racismo en los Estados Unidos y su idea sobre los "colegios de ricos". Se reunía con los curas obreros, le decía las cosas claras a Franco o a Stroesner, entraba en la cárcel a visitar a Daniel Berrigan, el jesuita que quemara los archivos del Vietnam y participaba en los grandes acontecimientos eclesiales: cuatro sínodos, Medellín y Puebla, encuentros en todos los continentes.

Sus viajes, para conocer la Compañía, acercaron su figura entrañable y sencilla a cada jesuita, que se sentía "personalmente atendido". Era el estallido de lo universal, de una Iglesia inculturada, de su aire abierto y dialogante.

Los momentos difíciles de descenso de vocaciones, contestación y frecuentes defecciones no le perturbaban interiormente. "Soldado del diálogo", como le ha llamado "La Stampa", de Turín, era un paladín de la esperanza. Quería a Pablo VI

"como un nieto" y sólo cuando este Papa, en el último tramo de su vida, se asustó de lo que estaba pasando en la Iglesia, amonestó a Arrupe y en él a la Congregación General XXXII, por tratar el tema de los "grados" y por los peligros de su opción por la justicia.

Es el quinto momento clave en la evolución espiritual de Arrupe. Aunque externamente nada le perturba y derrocha buen humor y optimismo, comienza una larga noche oscura. De todo el mundo, cardenales, obispos y no pocos jesuitas de "la estricta observancia" envían memoriales a Roma sobre lo que llaman el deterioro y secularización de la Orden. La "vera Compañía, sobre todo en España, amenaza con escindirse, como ahora han hecho las carmelitas descalzas. Arrupe entonces lo evitó.

Pero la herida ya estaba abierta. En el precónclave, el cardenal Wojtyla no debió recibir una buena imagen e información sobre el padre Arrupe, con quien dialogó, según confesión del propio padre Arrupe al autor de este artículo "poquísimo". Arrupe me añadió también que en el tema de la justicia había visto muy claro, había sentido una luz de Dios comparable a la recibida en los grandes momentos de su vida. Pero su principal fallo, para habitar a dos pasos de la cúpula de San Pedro, le traicionó: no era diplomático.

En uno de los escasos encuentros con Juan Pablo II le presenta la dimisión. El hecho insólito en la historia de la Compañía recibe un "no" rotundo del Papa, que tiene sus propios planes sobre los jesuitas. Durante unos ejercicios personalizados que le da el padre Luis González, Arrupe siente una premonición de un Getsemaní que se le avecina. A las pocas semanas, a su regreso de Filipinas y Tailandia, en el verano de 1961, le sobreviene la trombosis, que yo considero ajena a la tensión psicológica en que estaba sumido.

Ha comenzado el calvario en la historia personal de salvación de "Don Pedro" como le llaman cariñosamente sus colaboradores. Se ha vuelto a parar el reloj como en Hiroshima, sólo que ahora en el desnudo cuarto de enfermo, donde un Arrupe enflaquecido, casi transparente, sigue sintiendo desde sus labios hemipléjicos y besando las manos de los que vienen a besárselas. Le visité entonces. Sufría profundamente, porque no entendía lo que estaba ocurriendo. Pero cerraba los ojos y obedecía una vez más con un estilo humano y espiritual fuera de serie. Las largas conversaciones, recordando su vida, le sirvieron de alguna terapia. Pero su pasión y muerte sólo acababan de comenzar.

La decisión de Juan Pablo II de nombrar al octogenario Padre Paolo Dezza su delegado en la Compañía fue para él un auténtico mazazo. Suponía la desautorización total de su línea y de su vicario Vicent T. O'Keefe. Cuando la Compañía recuperó su proceso constitucional y Peter Hans Kolvenbach fue elegido experimentó un gran alivio. Pero hasta el pasado día 5 de febrero, diez años después de su enfermedad, no ha terminado ese largo vía crucis de soledad y silencio. Fue apagándose poco a poco entre altibajos. Sin embargo, aun cuando no podía hablar, un fuste interior iluminaba su debilitado cuerpo. No era un enfermo derrotado. Estaba vigilante llenando la habitación de unas extrañas vibraciones de paz y espiritualidad. Es todo un símbolo que un grupo de protestantes fueran periódicamente a su cuarto, encendieran un cirio y entonaran himnos en su presencia.

No sé si Arrupe se equivocó, como algunos aseguran. Si se pasó de la raya en la tarea evangélica de "no apagar la mecha que humea" y respetar y querer a sus súbditos, que parecían, tal como los trataba, sus superiores. Sus logros, por otra parte, no sólo para la Compañía, sino para la vida religiosa, ahí están. Pero nada de eso me importa demasiado. Ahora sólo sé, sin la menor duda, que era un hombre libre iluminado por una resplandeciente verdad interior. Sólo sé que he conocido a un santo.